

de faltar uno ó dos dias á la clase, y cuando viene es á enredar y á hacer que pierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya vd. verá cuál será su aptitud y cuáles sus adelantos. A más de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo, y así vd. como buen padre vele sobre su conducta, y vea en qué lo ocupa con sujecion, porque si nó, el muchacho se le pierde, y vd. ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (segun despues me dijo) y lleno de una justa cólera contra mí. ¡Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fué á casa al medio dia: me saludó con mucha desazon; se entró á la recámara con mi madre, y ésta como á las dos horas salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa.

Mi padre apenas comió, mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza y que ignoraba que era el eje sobre que se movia aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea gloton. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó se levantaron los manteles y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad: esta tarde no vaya vd. al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecían.

Luego concebí que yo habia sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me queria sino me adoraba, no tuve empacho para decirle: señora, ¿qué novedad será esta de mi padre? A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que habia acaecido á mi padre con mi maestro, y

cómo estaba resuelto á ponerme á oficio . . . ¿A oficio (dije yo,) á oficio? No lo permita Dios, señora. ¿Qué pareceria un bachiller en artes y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¿Qué burla me hicieran mis condiscipulos? ¿Qué dijeran mis parientes? ¿Qué se hablara? Pues hijo, me contestó mi madre, ¿qué quieres que haga? Ya yo he rogado á tu padre bastante, ya se lo he dicho, ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerse: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darte gusto. Yo no sé qué hacer . . . No llore vd., señora, la dije: yo si sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues ¿qué ya se cerraron los cuarteles? ¿Ya se acabaron las casacas y el pan de municion? ¿Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decia mi madre. Nada, señora, le contesté, sino que antes que aprender oficio me meteré á soldado, á bien que tengobuen cuerpo y me recibirán en cualquiera parte con mil manos!

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: ¡ay hijo de mi alma, ¿qué es lo que dices? ¿soldado? ¿soldado? ¡No lo permita Dios! No te precipites ni te desesperes: yó volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios y que es fuerza darte destino; veremos si te coloca en una tienda . . . Calle ud. madre, le dije. Eso es peor. ¿Qué bien pareceria un Bachiller tiznado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos en vinagre? No, no: soldado y nada mas; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado el mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á vd. vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de este y otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazon á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y solo sirven estas lecciones, hijos míos, para

encargaros que mireis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fuí; antes rogad á Dios no castigue los extravíos de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sabio os dice: *honra á tu padre y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que á ellos les debes la vida, y págalos lo que te han dado.*

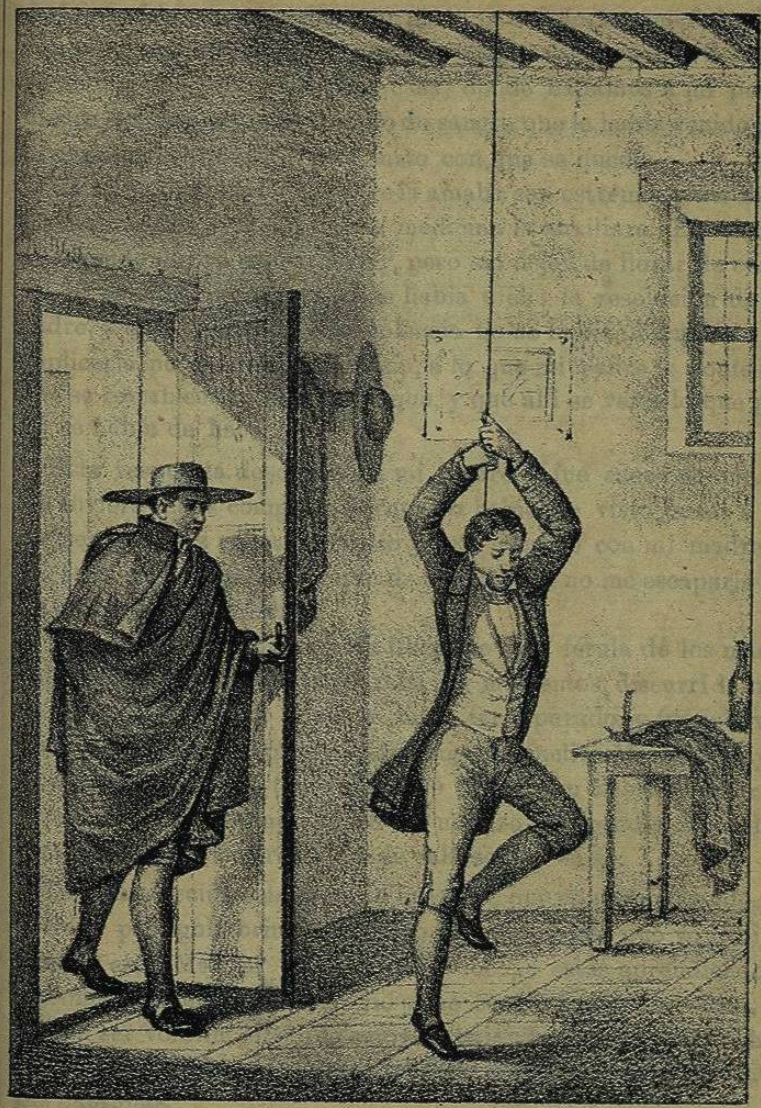
Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró por que no fuera soldado, jurándome que se volvería á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que afligí tanto á su merced, no porque á mí me agradaba tanto la carrera militar, y mas en clase de soldado, como que veía con horror toda género de trabajo.

¡Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla había en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta: con eso se hubieran acabado mis bachillerías y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo despues que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de un rato salió ya mi padre con sombrero y baston, y me dijo: tome vd. la capa y vamos. Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado se paró mi padre en un zaguan, y me dijo: amigo, ya estoy desengañado de que es vd. un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzua ni para la horca. Ahora mismo elige vd. oficio que aprender, ó de aquí llevo á vd. á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabia yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pude hacer mas que humillarme y pe-



Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré.

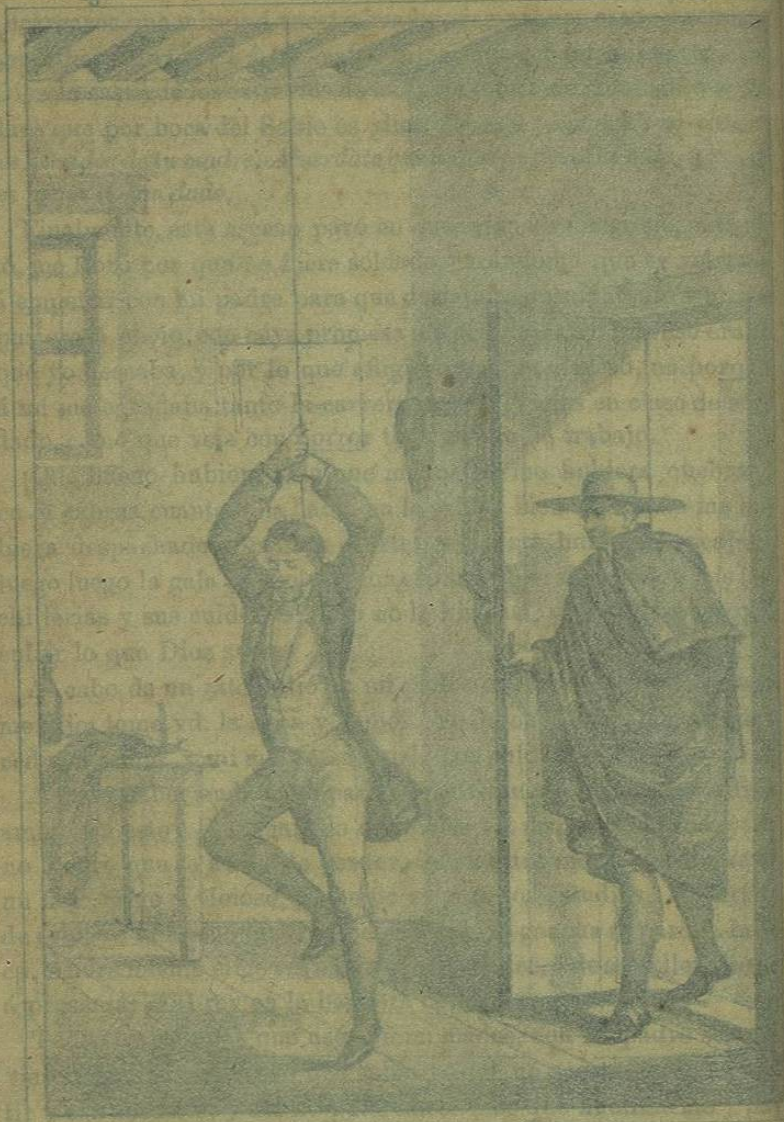
dirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre tres dias á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le habia venido por la pesadumbre que le di y el susto con que se quedó.

Ya se ha dicho que mi padre la amaba con extremo, y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo dia ya estuvo mejor, pero sin dejar de llorar de cuando en cuando, porque yo ya le habia dicho la resolucion de mi padre, y ella en medio de su dolencia no se habia descuidado en suplicarle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contesto: que se restableciera de su achaque, y que ahí se veria lo que por fin se habia de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fué causa de que yo las tuviera todas conmigo; porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparia yo de cualquier aprendizaje.

No sabiendo qué hacer para librarme de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurrí la traza mas diabólica que podia en lance tan apurado, y fué ir á ver á mi caritativo preceptor y sabio amigo, el ínclito Martín Pelayo, Con la confianza que tenia me entré de rondon hasta su cuarto, donde lo hallé columpiándose de un lazo que pendia del techo, tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije: ¿qué es esto, Martín? ¿Te has vuelto loco, ó estás aprendiendo á maromero? Entonces él me vió y me contestó: ni estoy loco, ni quiero ser volatin, sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras; y diciendo esto continuó sus cabriolas.



CAPITULO ALFONCINA

157 489

Tomal

tan embebecido estaba en su escoleta...

yo consistia la presente de admitido...

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije: suspende un poco tus lecciones, que traigo un asunto de mucha importancia que comunicarte, y del que solo tu amistad puede sacarme con bien. El entónces muy cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y me dijo: no sabia yo que traías asunto; pero dí lo que se ofrezca, que ya sabes cuanto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuitas, rematando con decirle que para libertarme del deshonor que me esperaba en el aprendizaje, había pensado meterme á fraile. Él me oyó con bastante gravedad, y me dijo: Perico, yo siento los infortunios que te amenazan por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero supuesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó soldado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas de esas es meterle á fraile, yo soy de tu mismo parecer; porque mas vale tuerta que ciega: peor es ser el sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre Fr. Pedro. Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus incomodidades inaguantables, como el estudio, la asistencia de comunidad, la observancia de las reglas, la subordinacion á los prelados y la sujecion ó privacion de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mí; pero todo es hacerse. A mas de que en cambio de esas molestias, tiene el estado sus ventajas considerables, como el honor de la religion que se estiende por todos sus individuos, aunque sean lejos; el respeto que infunde el santo hábito; y sobre todo, hijo, el afianzar la torta para siempre.

Ya verás tú que éstas conveniencias no las encuentra un artesano ni un soldado: y así me parece que lleves adelante tu pensamiento.

Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis designios y á suplicarte te empeñes con tu padre para que me dé una esquila de recomendacion para que me admita tu tio el provincial de S. Diego; porque esto urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le quitará el

enojo y me verá de distinto modo.

Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo, ven mañana temprano que yo haré que mi padre ponga la esquila esta noche. Con este consuelo me despedí de Martin muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á D. Martin el de la hacienda, á la señora su esposa la que me cascó el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Januario, que toda la familia había venido á México á pasear; porque como todo fastidia en este mundo los que viven en las ciudades buscan su diversion en el campo, y los que viven en el campo anhelan por la ciudad para divertirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satisfacer sus deseos porque como la tristeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazón, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazón.

Luego que huve saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Januario y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversacion los míos, entre los que le conté mis aventuras y la última resolucion que tenia de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa: sí, sí, Periquillo, vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile, no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben sino lo que les está mas á cuenta para sus fines particulares: quién hay que se ordene porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellanía: quién que se casa con la primera que encuentra mas que no le tenga amor ni con que mantenerla, solo por escaparse de una leva: quién que se meta á soldado solo porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoria que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto solo por evitar este ó el otro lance que considera serle peor: con que ¿qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio ni ser soldado?

Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinacion; pero hermano, aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. El es claro que me dijo muchas verdades, pero truncas. Si me hubiera dicho despues de ellas, que aunque así lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo comun estas trampas y artificios de que se valen para eludir el castigo, escusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino mas breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que despues de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida; si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenía ni natural ni vocacion; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos.

A otro día marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esquila de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un jóven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella fortuna que llaman de pícaro, porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esquila con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño y me volví para casa.



Después que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias &c.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
"ALFONSO REYES"
1884-1885

CASTILLA ALFONSO

CAPITULO XI.

Toma Periquillo el hábito de religioso y se arrepiente en el mismo día.

Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.

TODO aquel día lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise ir en esa tarde por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese por mí el empeño que habia ofrecido.

Nada ocurrió particular en este día; y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de S. Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginacion la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos y las dos manos metidas dentro la copa del sombrero

Con estas y cuantas exterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, me marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado: me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco ántes me habia ensayado, y le entregué la carta de recomendacion de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba á abajo, me preguntó que si queria ser religioso de aquel convento. Sí, padre nuestro, respondí. ¿Y vd. sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso y de la estrecha observancia de N. P. Francisco? ¿Lo ha pensado vd. bien? Sí, padre, respondí. ¿Y qué mueve á vd. venir á encerrarse en estos claustros y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad? Papre, dije yo, ei de-



88 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930